

“YO QUIERO SER EVANGELIO VIVIENTE”

M. Clara de la Concepción Sánchez

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO llenó el corazón y la vida entera de madre Clara. Ella encarnó el ideal franciscano, que sintoniza plenamente con la exhortación apostólica del papa Francisco: “La alegría es la belleza de nuestra consagración”. La alegría de madre Clara era llevar a todos la consolación de Dios. Así decía a sus novicias:

“Quemando todo lo nuestro con intención sincera y pura, es como seremos Clarisas de verdad, es decir, Evangelios vivientes cuya luz y cuyo fuego se extienda por toda la tierra, del uno al otro polo, y entonces seremos desde nuestro retiro las misioneras de verdad, tales como nuestros padres Francisco y Clara nos quieren”.

Todos los testigos que declararon en el Proceso ponen de manifiesto la alegría de la Sierva de Dios, que corroboran los teólogos consultores a la hora de proceder a la aprobación de la heroicidad de sus virtudes.

“Toda la vida de la Sierva de Dios no fue otra cosa que perderse en Cristo. Con su paciencia, su espíritu de penitencia, sacrificio, humildad, silencio y pobreza de espíritu, buscó siempre imitar en todo a nuestra Madre Santa Clara. Como hija de Santa Clara: vivió su vida de peregrina sin ataduras terrenas de nada ni de nadie. Como hija de San Francisco: vivió siempre sumisa a la Santa Iglesia con una entrega absoluta y completa. Además, en su vida, se destaca una característica típicamente franciscana, la alegría”.

La alegría es esa flor que nacía cada día en su corazón agradecido que contempla el Evangelio con amor, se detiene en sus páginas y lo lee con el corazón:

“Era muy comprensiva, bondadosa, paciente y mansa. Nunca la vi triste, era muy alegre, siempre estaba cantando, iba por los pasillos cantando sus canciones. Esta alegría la transmitía a las novicias, quería que las novicias vivieran esta alegría”.

Esta simplicidad y esta humildad se concretaban en la sonrisa que le acompañaba, «Fue una mujer dulce y fuerte, alegre, jovial, nunca la vi triste ni amargada. En todos los acontecimientos de su vida dio muestras de tener un corazón manso y espíritu de valentía. Irradió en torno de sí una luz esplendorosa con su vida de oración, de silencio, de sacrificio, de pobreza, de alegría, de constante inmolación en el servicio del Señor”. (Voto V)

Uno de los teólogos consultores presenta al final de su exposición a la Venerable Madre Clara, como una figura carismática, no sólo para la Orden, también para la sociedad:

A lo largo de la historia franciscana han aparecido mujeres que a los ojos de sus contemporáneos se alzaron como modelos de santidad, porque de ellas se difundía un aura de luz que las hace merecedoras de un culto aprobado y reconocido por la Iglesia Católica. La Sierva de Dios Sor Clara de la Concepción (1902-1973), es una figura carismática dentro de la Orden de Santa Clara.

En el curso de la historia ha existido el deseo o la necesidad humana de encontrar en la vida y en el mundo esta fuente de luz. La Sierva de Dios, Clara de la Concepción, es una testigo en la sociedad occidental actual criticada por el materialismo y la extrema secularización de las constantes búsquedas personales que hacen referencia a la transcendencia. (VOTO III)

La alegría de madre Clara es un trofeo de la Pascua del Señor.